

# La dignidad cristiana en las Homilías del Papa San León Magno

*Xavier Castro, L.C.*

*Licenciado en filosofía y en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, y delegado para la vida religiosa en la Provincia del Norte de México de los Legionarios de Cristo.*

El presente trabajo busca ser un aporte desde la perspectiva de la teología en la reflexión sobre la fundamentación de la dignidad del ser humano. Tiene por lo mismo una doble vertiente: la dignidad humana y la dignidad cristiana, que no son dos realidades separadas o excluyentes, sino complementarias. Tiene una doble finalidad: por una parte, ser de utilidad para quien busque comprender mejor la verdad y grandeza del ser humano; y por otra, ayudar al cristiano a valorar lo que es y así vivir con mayor aprecio y gozo la dignidad que ha recibido.

Queriendo responder a los objetivos planteados anteriormente, recurrí a un autor que fuera pilar en la consideración cristiana de la dignidad humana. Conocer con profundidad el pensamiento y la visión del Papa León Magno ha sido para mí como reabrir una mina antigua, con tantos tesoros todavía por extraer. Quince siglos y medio de distancia ciertamente es mucho tiempo, pero, como sucede con muchas minas antiguas, cuando se les vuelve a excavar nos ofrecen minerales con toda su riqueza y actualidad.

San León nace entre los años 390 y 400 d.C. y muere el 10 de noviembre de 461. Fue Papa durante los últimos 21 años de su vida. Le tocó vivir años álgidos, no solo por el rol político que tenía la Iglesia en esos siglos (pensemos, por ejemplo en la invasión de Atila de Europa Central y la Península Itálica en el año 451), sino sobre todo porque la comprensión y explicación del misterio cristológico estaba en candente debate. En el mundo cristiano pululaban no pocas propuestas cristológicas heréticas como el monifisismo, que negaba la verdadera encarnación de Cristo. El Papa León Magno fue un gran defensor del misterio de la encarnación de Cristo, movido no solo por una inteligencia clarísima sino, sobre todo, por una iluminación sobrenatural que el mismo Concilio de Calcedonia (constituido casi en totalidad por miembros de la Iglesia de Oriente) unánimemente reconoció aceptando su tesis: «Pedro ha hablado por boca de León».

Con su reflexión y sus enseñanzas cristológicas sobre el misterio de la encarnación no solo marcó la comprensión de la Persona

de Cristo en la teología para los siglos venideros, sino que también ha iluminado el desarrollo de la reflexión sobre el valor y dignidad de la persona humana en cuanto creado a imagen y semejanza de Dios.

La consideración cristiana del hombre como *imago Dei* no es un argumento que solo interesa al creyente cristiano, sino que aporta un fundamento sólido y universal para la reflexión sobre la dignidad del ser humano. Así, el aporte de León Magno es de interés y gran riqueza en la reflexión actual sobre la dignidad humana, y es una mina que hay que volver a excavar porque tiene grandes riquezas en su interior.

## **1. *Imago Dei*: dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios**

### *a. Recorrido sobre el significado de «imagen y semejanza»*

El significado de la expresión del Génesis sobre el hombre «creado a imagen y semejanza» (Gn 1,26) de Dios ha perdido bastante su significado profundo en la cultura actual. Nuestra concepción de los términos «imagen» y «semejanza» se refieren hoy a algo superficial, casi a una realidad digital y virtual. Para este estudio sobre la dignidad cristiana, es preciso comprender mejor el significado de la Sagrada Escritura sobre la realidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

El Papa san León Magno, en sus sermones del año litúrgico, sobre todo de Navidad y Pascua, recurre al tema de la dignidad cristiana. Cuando toca este tema argumenta con fuerza, admiración e incluso veneración, al referirse a la sublimidad de la dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Se dirige específicamente a los cristianos, arengándoles a descubrir y llevar a plenitud esa dignidad que les ha sido regalada. Es una idea recurrente en homilías y discursos, en un evidente esfuerzo por transmitir una mejor comprensión de lo que es la grandeza del ser humano, consciente de que las palabras humanas son siempre insuficientes ante las realidades sobrenaturales y la grandeza de Dios.

Para entender mejor lo que el Papa León quería transmitir en sus homilías se requiere obviamente una mejor comprensión de la expresión bíblica «imagen y semejanza».

¿Qué significaba para el Papa León la expresión «creado a imagen y semejanza de Dios», que le conmovía y le llevaba a hablar con tal fuerza a los cristianos? Frecuentemente en homilías y dis-

curso repite con fuerza «Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad»<sup>1</sup>, e invita a sus oyentes a descubrir el don de ser partícipes de la naturaleza divina que, aunque corrompida por el pecado, ha sido restaurada por Cristo y ensalzada a una dignidad todavía mayor que en la creación original:

Al caer todo el género humano en la persona de nuestros primeros padres, quiso Dios en su misericordia socorrer, por medio de su Hijo Jesucristo, a la criatura, formada a su imagen y semejanza; quiso reparar su naturaleza sin salir de ella, y al mismo tiempo elevarla a una dignidad mayor que la original<sup>2</sup>.

Qué comprensión tendría este Papa sobre la grandeza y dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios, que era un argumento recurrente en su predicación, sin importar qué fiesta del año litúrgico se celebraba. Se puede decir que san León Magno consideraba todos los misterios de la redención a través del prisma del amor infinito y personal de Dios al hombre, a quien quiso crear con la identidad más elevada, a imagen y semejanza suya.

El concepto bíblico de «imagen y semejanza» ha sido estudiado y discutido siempre. Antes del Papa León, ya san Ireneo (130-202 d.C.) hizo una aportación importante para la comprensión de estos dos términos. En su obra *Adversus Haereses* hace una distinción entre los términos «imagen» y «semejanza»<sup>3</sup>. El término «imagen» (*méthexis*) denota una participación ontológica, mientras que «semejanza» (*mímesis*) se refiere más bien a una transformación moral que es la vida cristiana. A partir de esta distinción, por concepto de *mímesis* podemos entrever una vocación en el hombre que, por su participación ontológica en la vida divina referida como *méthexis*, está llamado a llevar a plenitud en su vida la dignidad que le ha sido otorgada en su ser.

Años más tarde, Tertuliano (155-220 d.C.) continúa la reflexión de san Ireneo, y explica que, mientras la «imagen de Dios» no puede ser destruida por el pecado, la «semejanza», sí<sup>4</sup>. Siguiendo el pensamiento de Tertuliano, el hombre no pierde la dignidad de ser imagen de Dios, pero ciertamente ésta ha sido herida por el

<sup>1</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico*, edición preparada por Manuel Garrido Bonaño O.S.B., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1969. *Homilía de Navidad 21*, 72 (PL 54, 190). Para todas las citas de homilias de san León Magno de este estudio utilizo esta traducción española. Entre paréntesis la correspondencia con la página de la Patrología Latina de Migne (PL) volumen 54.

<sup>2</sup> ID., *Homilias sobre el año litúrgico*, *Homilía sobre la Resurrección del Señor 72*, 298 (PL 54, 390).

<sup>3</sup> Cf. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, V,6,1, in *Sources Chrétiennes*, Paris 1965.

<sup>4</sup> Cf. TERTULIANO, *De Baptismo*, in *Corpus Christianorum Serie Latina (SL)*, Vol. I,5,6 Typographi Brepols Editores Pontificii, Turnholti 1954.

pecado, y por lo tanto la vida cristiana, a partir del bautismo, viene a ser un camino de resanar su semejanza divina.

San Agustín, contemporáneo del Papa León (354-430 d.C.) puso más el acento en la relación con Dios como vocación y fin del hombre:

Y pretende alabarte un hombre, pequeña migaja de tu creación. Precisamente un hombre que lleva en torno suyo la mortalidad, que lleva a flor de piel la etiqueta de su pecado y el testimonio de tu resistencia a los soberbios. A pesar de todo, pretende alabarte un hombre, pequeña migaja de tu creación. Y eres tú mismo quien le estimula a que halle satisfacción alabándote, porque nos ha hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti<sup>5</sup>.

La visión agustiniana del *imago Dei* es más personalista. A la base de su concepción del hombre está presente la distinción de San Ireneo, si bien él tuvo la intuición de una composición tripartita del alma humana semejante a la de san Pablo (1Tes 5,23).

San León Magno sin duda estudió los escritos de estos grandes Padres de la Iglesia que le precedieron y sus enseñanzas enriquecieron su comprensión teológica sobre el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios.

Siglos más tarde santo Tomás de Aquino (1225-1274) se referiría a la *imago Dei* como una naturaleza del hombre concreto, gracias a la cual puede conocer a Dios. Esta concepción de la *imago Dei* tiene tres expresiones: *imago creationis* (naturaleza), *imago recreationis* (gracia), *imago similitudinis* (gloria), por la cual el hombre puede participar de alguna manera en la vida divina<sup>6</sup>. Es decir, retoma en cierto sentido la dinámica propuesta previamente por san Ireneo (*méthesis* - mimesis), pero con una claridad mayor respecto de la obra de la gracia, que es quien realiza en el hombre caído la *imago similitudinis*.

La gran ruptura con la tradición patristica y escolástica vendrá siglos más tarde con la Reforma protestante. La visión protestante acusaba a la visión católica sobre el ser humano (la cual no aceptaba la tesis luterana de una naturaleza humana corrompida, sino solamente herida por el pecado), de incitar al hombre a encararse e igualarse a Dios. Por su parte, el catolicismo acusó al protestantismo de negar la realidad ontológica de la participación en la vida divina por la *imago Dei*, como si ésta fuera una membrecía, algo meramente extrínseco. El catolicismo es firme en sostener

<sup>5</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* I,1, traducción de José Cosyaga, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1986, 23.

<sup>6</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 93, a. 4.

que, gracias a la participación ontológica que Dios otorga al hombre por el bautismo, la gracia obtenida por Cristo restaura eficaz y realmente la naturaleza herida del hombre<sup>7</sup>; es decir, que la obra redentora de Cristo es una salvación verdadera y transformante en el ser humano: «La transformación que aquí se da (en el bautismo), tiene la radicalidad de un verdadero renacimiento, de una nueva creación»<sup>8</sup>. En cambio, la justificación del protestantismo no acepta una verdadera restauración intrínseca, ni la posibilidad de una transformación cualitativa en el hombre.

Así pues, el concepto de «imagen y semejanza» significa algo ontológico, dado por Dios al hombre en su mismo ser de manera exclusiva entre todas las demás creaturas visibles. Es el hombre la creatura en la cual los signos del amor de Dios se ponen más de manifiesto. Hay en él un soplo del Creador que le es constitutivo, haciéndolo un espejo de la bondad y justicia de Dios. En cuanto creado a imagen y semejanza del Creador, el hombre tiene una dignidad más alta respecto a las demás creaturas<sup>9</sup>: «En ser imagen y semejanza de Dios radica toda la dignidad del hombre»<sup>10</sup>. Solo es posible comprender adecuadamente qué es el hombre si lo consideramos desde la perspectiva de quien lo creó: «para la Biblia, la *imago Dei* constituye casi una definición del hombre: el misterio del hombre no se puede comprender separado del misterio de Dios»<sup>11</sup>.

«Creado a imagen y semejanza de Dios» no es una bonita expresión que adorna a la humanidad, sino revelación del privilegio con que Dios ha querido crear al ser humano por pura iniciativa de amor. No es una aspiración ni una idea concebida por el hombre, sino un don otorgado gratuitamente. La imagen divina que llevamos inscrita en nuestro ser es esencial, una cualidad intrínseca y constitutiva, no algo accidental ni una «imagen» meramente virtual. No es un título que el hombre ha querido darse a sí mismo

<sup>7</sup> Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la Justificación* (Sesión VI, Cap. 7), en H. DENZINGER – A. SHÖNMEZGER, *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Herder, Barcelona 1976, 371.

<sup>8</sup> J. RAZINGER, *Maria Chiesa nascente*, San Paolo, Torino 2012, 80. «La trasformazione, che qui avviene, ha la radicalità di una vera rinascita, di una nuova creazione». La traducción es mía.

<sup>9</sup> Cf. LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Adviento 12*, 45 (PL 54, 168).

<sup>10</sup> Cf. D. TETTAMANZI, *El Hombre imagen de Dios*, traducción española de José María Arbizu, Secretariado Trinitario, Salamanca 1978, 36.

<sup>11</sup> COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Comunión y Servicio*, n. 7. en H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, traducción de B. Dalmau de la 38ª edición alemana, Herder, Barcelona 2006. En adelante CS.

de modo arrogante, pues sería inapropiado y hasta irrespetuoso con Dios. Es la imagen no de un dios concebido por el hombre, sino del Dios trascendente y verdadero que gratuitamente ha querido plasmar en nosotros<sup>12</sup>.

Si bien todo el debate protestante tuvo lugar siglos después del Papa León Magno, es evidente que sus argumentos son perennemente sólidos y su visión del hombre sigue siendo válida frente a los de la Reforma protestante. San León Magno (al igual que san Ireneo y santo Tomás) concibe la existencia del ser humano, en cuanto creado a imagen y semejanza de Dios, como un dinamismo de imitar a su Autor:

Amándonos Dios, nos restituye a su imagen. Y para que halle en nosotros la imagen de su bondad nos concede que podamos hacer lo que Él hace, iluminando nuestras inteligencias e inflamando nuestros corazones a fin de que no solamente amemos a Él, sino también cuanto Él ama<sup>13</sup>.

Al revelar Dios al hombre lo que ha querido hacer de él, éste no solo descubre su grandeza como imagen y semejanza de Dios, sino también una vocación a la santidad, un llamado a llevar a plenitud en su vida ese proyecto divino inscrito en su ser. Una vocación que no solo ha de vivirse en su interior, sino que debe notarse en todos los ámbitos de su vida: «Si es para los hombres un motivo de alabanza ver brillar en sus hijos la gloria de los antepasados, ¿cuánto más glorioso será para aquellos que han nacido de Dios brillar, reflejando la imagen de su Creador, y hacer aparecer en ellos al que los ha engendrado (Mt 5,16)?»<sup>14</sup>.

*b. Creación del hombre a imago Dei: capacidad de comunión con Dios, de conocer y vivir un amor personal e interpersonal*

El hombre es la única creatura visible creada a imagen de Dios, que Él ha querido por sí misma<sup>15</sup>. Lleva en sí mismo inscrita la huella del Creador. Su dignidad y su valor son intrínsecos, es decir, los lleva en su mismo ser, independientemente de que otros le reconozcan o no. A cada ser humano le ha sido dada una dignidad por encima de toda la creación, por el hecho de ser imagen y semejanza de Dios:

<sup>12</sup> Cf. P. LAMARCHE en D. TETTAMANZI, *El Hombre imagen de Dios*, 39.

<sup>13</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Adviento 12*, 45 (PL 54, 168).

<sup>14</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 26*, 98 (PL 54, 212).

<sup>15</sup> Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 24, in *Acta Apostolicae Sedis (AAS)*, 58 (1966), 1025-1120. En adelante GS.

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador<sup>16</sup>.

Es tan grande la dignidad del ser humano por ser imagen y semejanza de Dios, que Dios mismo se enamora del hombre, porque ve en él un reflejo de Sí mismo. Y por lo mismo, la dinámica de la relación que establece con él es análoga a la dinámica de amor de la Trinidad, una relación de amor y donación recíprocos. «Cuando Dios mira a esta creatura suya, se ve reflejado en ésta [...]. Al crear al hombre, Dios no crea una naturaleza más entre las otras, sino un tú, lo crea llamándolo por su nombre [...], una persona»<sup>17</sup>.

El Dios uno y trino ha revelado su proyecto de compartir la comunión de la vida trinitaria con personas creadas a su imagen. Es por esta comunión trinitaria que las personas humanas son creadas a imagen de Dios. Es propiamente por esta semejanza radical al Dios uno y trino que se fundamenta la posibilidad de una comunión de seres creados con las Personas increadas de la Santísima Trinidad. Creados a imagen de Dios, los seres humanos son por naturaleza corpóreos y espirituales, hombres y mujeres hechos el uno para el otro, personas orientadas hacia la comunión recíproca con Dios, heridos por el pecado y necesitados de salvación, y destinado a ser conformados a Cristo, imagen perfecta del Padre, en la potencia del Espíritu Santo<sup>18</sup>.

Dios nos muestra que quiere relacionarse con nosotros de manera personal, la creación a imagen y semejanza suya es una evidencia de ese deseo de Dios, nos lo ha querido dejar marcado en lo más íntimo de nuestro ser. Y el modo en que se nos ha revelado a lo largo de la historia de la salvación es una progresiva renovación de ese anhelo divino respecto del ser humano:

El Dios de la religiosidad israelítica no es para el ser humano “el absolutamente otro”, el extraño o ajeno, así como no se puede decir del hombre que amo –o que odio- que sea para mí otro absolutamente; él es mío en un cierto sentido muy real, ya que no puedo comprenderme a mí mismo sin él. Es justamente esto lo que sucede con Dios en la noción bíblica del hombre: siempre es

<sup>16</sup> GS, n. 19.

<sup>17</sup> J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, traduzione di Rosella Del Guerra, Borla, Roma 1992, 177. La traducción es mía.

<sup>18</sup> CS, n. 25.

segunda persona, el tú autonomástico, jamás es tercera persona, un él u otro<sup>19</sup>.

Dios ha querido crear al hombre para relacionarse con Él. Así lo quiso, así lo planeó y así lo dispuso con anterioridad a nuestra existencia fraguando en nuestro ser más íntimo una necesidad de Él, un anhelo de absoluto. Al crearlo, Dios llama al hombre, pero no solo a la existencia sino a la comunión con Él, por eso lo crea a imagen suya. «Dios la llama (a la persona) a ser el verdadero "tú", más exactamente, Él se destina a sí mismo a ser el "tú" para el hombre»<sup>20</sup>. La *imago Dei* viene a significar una llamada, una invitación al hombre, única en toda la obra de la creación porque «Dios no está ligado a piedras, Él se ha ligado a personas vivas»<sup>21</sup>. La *imago Dei* es un sello indeleble del llamado del amor divino hacia cada ser humano, debe resonar como un continuo eco en el interior de cada persona, que nos dice que a Dios no le somos indiferentes.

Se podría decir que la esperanza de la redención que tenía el hombre a partir de la promesa hecha a nuestros primeros padres al ser expulsados del paraíso, no carecía de una base ontológica en lo profundo de su ser, pues la *imago Dei* subsistía a pesar del pecado. Siguiendo la propuesta de Tertuliano, podemos decir que la dignidad del ser humano como *imago Dei* subsiste en su integridad (no desaparece ni es corrompida por el pecado como sostiene la Reforma protestante), pero que fue herida por el pecado y perdió la capacidad de entrar en comunión con Dios. De hecho, el Concilio de Trento en el Decreto sobre el pecado original<sup>22</sup> explica que tras el bautismo persiste la concupiscencia (*fomes*) pero que ésta no puede dañar a quien no consiente, porque la gracia bautismal repara la naturaleza caída del hombre. Muy diverso de la visión de Lutero, que ve en la concupiscencia una situación de pecado insuperable, es decir, que la naturaleza humana está corrompida y no puede ser sanada desde dentro por la gracia, sino que la salvación solo puede darse por una justificación externa.

Esta vocación (llamado) a relacionarnos con Él, esa invitación a participar en la comunión de la vida trinitaria, podría parecernos demasiado exagerada, sobre todo si pensamos en la condición caída y pecadora del ser humano. Pero es la misma Sagrada Escritura quien nos lo expresa en la narración del Génesis (*Gn* 3,1-5). Antes

<sup>19</sup> J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 176. La traducción es mía.

<sup>20</sup> R. GUARDINI, *Mondo e Persona*, Morcelliana, Brescia 2015, 174. La traducción es mía.

<sup>21</sup> J. RATZINGER, *Maria Chiesa nascente*, 80. La traducción es mía.

<sup>22</sup> Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre el pecado original* (Sesión V).

del pecado, el hombre hablaba con Dios como amigo, lo amaba como hijo adoptivo que solo tenía agradecimiento amoroso por tantos dones recibidos inmerecidamente. Todo era agradecerle y amarle, basado en una confianza absoluta en su bondad y providencia. Fue por ello que el demonio optó por la estrategia de sembrar la desconfianza en nuestros primeros padres; en su conversación con Eva (Gn 3,1-6) la conduce a dudar de la evidente gratuidad y benevolencia del amor de Dios. En el primer pecado, Adán y Eva, engañados por el demonio, rompen la confianza filial. Como consecuencia surge la desconfianza de ellos hacia Dios y entre sí, se altera el divino orden establecido por Dios en el ser humano; la creatura hecha a imagen y semejanza fue desfigurada en su belleza interior.

Por la desconfianza el hombre se cerró él mismo a los dones preternaturales que le habían sido otorgados, especialmente la relación amorosa con su Creador. Pero el amor de Dios fue más grande que la caída del hombre. La obra de salvación llevada a cabo por Cristo fue una redención del ser humano en su integridad; Cristo restauró y redimió toda la persona humana, no solo hizo una justificación extrínseca. Es lógico pensar que si Dios quiso llevar a cabo una redención así, por la que lleva al ser humano a una dignidad aún mayor que la original, está renovando su invitación al ser humano a vivir en una relación estrechísima con Él.

El ser humano, en cuanto *imago Dei*, es un ser relacional y social por naturaleza. Su misma estructura ontológica es esencialmente dialógica-relacional<sup>23</sup>, pero una dialógica-relacional a imagen y semejanza de Dios, es decir, dialógica-relacional amorosa. Creados a imagen de Dios trino, cuya vida intrínseca es relacional, el ser humano es también un ser que desarrolla y alcanza su plenitud solamente en relación con otros. De ahí que el Redentor del género humano haya fijado el amor al prójimo no solo como una sugerencia o recomendación, sino como un mandato.

La primera consecuencia de la dignidad del hombre en cuanto *imago Dei* es el llamado creacional a vivir en amistad con Dios. Cada ser humano es irreplicable, único, insustituible. Y es amado por Dios personalmente, en cuanto tal, por ser quien es, como fin en sí mismo. Feuerbach decía que en el «sofisma cristiano», el hombre viene a ser el ser supremo para el hombre<sup>24</sup>; pues la fe cristiana revela y supera la idea de Feuerbach: el hombre es el ser supremo también para Dios<sup>25</sup>. Gracias a la revelación divina pode-

<sup>23</sup> Cf. CS 45.

<sup>24</sup> Cf. L. FEUERBACH, *La esencia del cristianismo*, Luarna 2012 (edición digital), cap. 23.

<sup>25</sup> Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 178.

mos darnos cuenta de que el hombre es el ser más amado, y por ello la creación le fue entregada, fue hecha para él.

En su ser *imago Dei* el hombre debe venerar la obra de Dios en sí mismo y en el prójimo. Pero solo con ayuda de la revelación es posible una profunda comprensión de su propia dignidad humana:

El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación<sup>26</sup>.

El hecho de estar llamados a participar de la comunión trinitaria y que Dios ve un reflejo de Sí mismo en nosotros, ha sido iniciativa de Dios. Es Él quien ha querido otorgarnos gratuitamente esa altísima dignidad y vocación, crearnos a su imagen y semejanza suya para relacionarnos con Él, y para invitarnos a un tipo de relación entre nosotros seres humanos que sea reflejo del amor divino.

Así pues, la comprensión cristiana del ser humano nos cambia la vida, pero no solo en nuestra relación con Dios y en la valoración de nosotros mismos, sino también en nuestra relación con los demás pues esa dignidad la compartimos con todo ser humano. Tenemos que reconocer esa dignidad en cada persona. Para ello es preciso ver en cada uno más allá de lo que los ojos ven, descubrir en cada persona la *imago Dei*; mirar, admirar, comprender y descubrir la presencia viva de Dios en cada uno<sup>27</sup>:

Ámese a Dios, y ámese también al prójimo, de modo que tomemos el modo de amar al prójimo de aquel por el cual Dios nos ama con predilección, que ama también a los malos, y no solo favorece con los dones de su benignidad a los que le dan culto, sino también a los que se lo niegan. Ámese a los propios y a los extraños, y lo que se debe a los amigos, se haga con mayor abundancia a los enemigos<sup>28</sup>.

El fundamento de la caridad cristiana es reconocer la grandeza y dignidad del prójimo, creado a imagen y semejanza de Dios, sin importar su origen, afinidad personal, condición moral. «Ver a un hombre como persona no es solamente mirarlo, sino también ad-

<sup>26</sup> GS, n. 22.

<sup>27</sup> Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 81.

<sup>28</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Adviento 20*, 67 (PL 54, 190).

mirarlo [...], descubrir la presencia viviente de Dios»<sup>29</sup>. El cristianismo consiste en hacer del semejante un prójimo, y del prójimo un hermano. El Papa Benedicto XVI acuña de manera admirable esta actitud de vida:

De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto solo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya solo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo [...] con los ojos de Cristo<sup>30</sup>.

Mirar al otro desde la perspectiva de Jesucristo es vivir la *imago Dei* inscrita en uno mismo y reconocerla en los demás. San León Magno, hablando de las obras de caridad en un sermón de Cuaresma, refiriéndose a los no creyentes dice: «Hay que amar en todos los hombres la comunión de una misma naturaleza [...] Tenemos, en efecto, en común con ellos que hemos sido creados a imagen de Dios y que ni el origen carnal ni el nacimiento espiritual lo separan de nosotros»<sup>31</sup>. La obra redentora no fue solo restituir la dignidad original, sino elevar la condición humana a la participación en la vida divina, y por ello Cristo señala el amor como distintivo relacional de quienes le siguen en el camino evangélico. Y si Dios nos ha concedido ser imagen y semejanza suya, es deber esforzarnos por imitar de algún modo en nuestras relaciones con los demás el amor que Él nos manifiesta. No podemos separar un auténtico amor a Dios del amor al prójimo: «el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios»<sup>32</sup>.

La exigencia del amor cristiano va más allá de la justicia, no es un amor que se reserva para quienes le hacen el bien. El Señor lo deja claro a aquel doctor de la Ley que le preguntó quién era su prójimo, respondiendo con la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37). Para el cristiano el amor es un deber, porque como imagen y semejanza de Dios debe imitar a su Creador también en sus relaciones con los demás, a imagen de la Trinidad. La tarea de amar al prójimo brota del reconocer esa imagen de Dios inscrita

<sup>29</sup> J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 181. Traducción mía.

<sup>30</sup> BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 18, in AAS 98 (2006), 217-252. En adelante DCE.

<sup>31</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Cuaresma 41*, 176 (PL 54, 272).

<sup>32</sup> BENEDICTO XVI, DCE 16.

en el corazón de cada ser humano, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos, santos y pecadores, bautizados o no bautizados.

Amar como Dios ama ciertamente es imposible a la naturaleza humana caída y más aún por su limitación creatural, especialmente si consideramos que las consecuencias del pecado no solo repercutieron en su relación íntima con Dios sino su relación con lo demás. Pero es posible imitar rasgos de ese amor porque Dios mismo ha reparado nuestra naturaleza. Amar como Él ama no es una pretensión orgullosa sino una invitación de Dios, una vocación; es Él mismo quien nos faculta y capacita, como dice san León Magno en una homilía de Navidad, motivándonos a vivir esta vocación:

El primer hombre recibió su sustancia carnal de la tierra y fue animado por un alma racional que su Creador le sopló, para que, viviendo según la imagen y semejanza de su Autor, conservase los mismos rasgos de la bondad y de la justicia de Dios en una imitación admirable que los reflejase como en un espejo [...] Pulamos el espejo de nuestro corazón, el polvo de la condición humana y el brillo de las almas creadas a imagen de Dios<sup>33</sup>.

## 2. La dignidad del hombre ensalzada a raíz de la encarnación y la redención de Cristo

Tras haber dedicado la primera sección de este trabajo para comprender mejor el significado bíblico de «imagen y semejanza» y la invitación de Dios al hombre a la comunión con Él, esta segunda sección la dedico a reflexionar sobre la redención que Dios ha querido llevar a cabo en favor del hombre tras la realidad del pecado. La obra redentora tiene su centro y su culmen en la encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad. Como veremos en la primera parte de esta sección, Dios ha ido mucho más allá de la justicia y de la necesidad que el hombre tenía. La redención es en primer lugar una obra de misericordia divina (segunda parte de la presente sección), pues no teníamos ningún derecho a ser redimidos, pero aún más, es un exceso de generosidad divina al llevar la dignidad humana a un nivel aún más elevado que en la creación original (última parte de la sección).

Cuando la primera creación fue lacerada (por el pecado), Dios desplegó una segunda. Él no ha aniquilado al hombre, no lo ha abandonado a sí mismo, no lo ha juzgado ni regañado, sino que ha desplegado una segunda creación desde las remotas profundidades de su amor, de tal manera que el hombre, después de ha-

<sup>33</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

ber destruido la primera configuración y haber perdido la primera grandeza, ha sido refundado en una segunda, y -debemos decirlo- incluso una configuración más grande<sup>34</sup>.

a. *Centralidad del misterio de la encarnación en la teología de san León Magno*

«Pedro ha hablado por boca de León» declaraban unánimemente el 22 de octubre del año 451 los padres del Concilio Ecuménico de Calcedonia en su quinta sesión, al aceptar la propuesta del Papa León Magno. Ese Concilio marcó y definió perennemente la Cristología, y así comprendemos mejor el misterio de Cristo, en cuya Persona divina del Verbo coexisten la naturaleza divina y la naturaleza humana, como lo declara el *Símbolo de fe del Concilio de Calcedonia*:

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado (*Hb 4,15*); engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres. Así, pues, después de que con toda exactitud y cuidado en todos sus aspectos fue por nosotros redactada esta fórmula, definió el santo y ecuménico Concilio que a nadie será lícito profesar otra fe, ni siquiera escribirla o componerla, ni sentirla, ni enseñarla a los demás<sup>35</sup>.

Pedro habló por boca de León... El Papa León sigue hablando a los cristianos de hoy. Su concepción cristológica, sellada por el Concilio de Calcedonia, conserva toda la actualidad que tuvo en el año 451, no solo porque en cuanto dogma su enseñanza sigue

<sup>34</sup> R. GUARDINI, *Antropología cristiana*, Morcelliana, Brescia 2013, 74. La traducción es mía.

<sup>35</sup> H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum...*, 301-303.

vigente, sino porque muchos de los desafíos teológicos y antropológicos de hoy tocan problemas de fondo muy semejantes a los del siglo V.

La comprensión ontológica del misterio de la Encarnación, del Verbo hecho carne, es el punto donde se aclaran la mayoría de los problemas cristológicos, o se enturbian cuando no hay claridad sobre ésta. San León Magno tenía esto muy claro y lo logró transmitir clara y sintéticamente: «En esta unión de la criatura al Creador, nada divino falta la naturaleza asumida y nada humano a la que asumía»<sup>36</sup>. Es el misterio central de la fe, por eso en sus homilías hay un constante recurrir al misterio de la encarnación.

No es de extrañar pues que el Papa León repetidamente hacía referencia a este misterio central de nuestra fe, sin importar qué fiesta litúrgica se estuviera celebrando o a qué momento de la vida del Señor se estaba refiriendo. Para él, el misterio de la encarnación es el centro y la clave de la fe, donde apoya toda su doctrina y enseñanza pastoral. Es a través de este misterio que considera toda la vida de Cristo. Para él, la consideración de Cristo es siempre una concepción del misterio del Verbo hecho carne:

Alegrémonos también de estas dos naturalezas en Él, pues por ellas hemos sido salvados. En ningún modo alguno separemos la naturaleza visible de la que es invisible, la corporal de la incorpóral, la pasible de la impasible, la que es intocable y la que se puede palpar, la condición de esclavo de la condición divina. Aunque una existe inmutable desde siempre, y la otra ha comenzado a existir en el tiempo; sin embargo, después de su unión no pueden ser separadas ni tener fin. La que eleva y la que ha sido levantada, la que glorifica y la que recibe la gloria, se unieron de tal forma la una a la otra, que, en el ejercicio de la omnipotencia como en la aceptación de los oprobios, no se separaba en Cristo lo divino de lo humano<sup>37</sup>.

Todos los hechos de la vida del Señor narrados en el Nuevo Testamento nos revelan algo del misterio de la única Persona de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre<sup>38</sup>, de su naturaleza divina y su naturaleza humana, y por ser actos de Él tienen un valor infinito. Ahora bien, para muchos autores el punto central de la Persona de Cristo e inicio de la cristología del Nuevo Testamento,

<sup>36</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía en la fiesta de la Transfiguración* 63, 258 (PL 54, 331).

<sup>37</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 30, 119 (PL 54, 229).

<sup>38</sup> Cf. L. CASULA, *La Cristologia di San Leone Magno, Il fondamento dottrinale e soteriologico*, Glossa, Milano 2000, 309.

son la muerte, resurrección y glorificación de Cristo<sup>39</sup>. Sin embargo para san León Magno, es a partir de la encarnación que los actos de la vida de Cristo tienen un valor salvífico; incluso los misterios pascales de la pasión y resurrección tienen para él su punto de apoyo en la encarnación, pues quien ofrece su vida en rescate por muchos y una vez muerto resucita, no es un simple ser humano sino el Hijo de Dios hecho carne. Y quien resucita y asciende al cielo es la segunda Persona de la Trinidad, en su naturaleza divina y en su naturaleza humana en perfecta unión. Es decir, podríamos decir que, para el Papa León Magno, la encarnación es la piedra angular de la obra redentora de Dios llevada a cabo por Cristo; todos los actos de su vida terrena tienen su fundamento en este misterio y van dirigidos hacia el culmen de ese plan redentor que son los eventos pascales.

#### *b. Misterio de misericordia*

Hemos hablado ya de la dignidad del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Una dignidad que Dios ha querido dar por encima de cualquier otra creatura, porque lo ha amado y querido por sí mismo. Sin embargo, el hombre no supo responder con la misma moneda, desconfió de la bondad divina y rompió con el pecado la armonía que solo un amor lleno de gratuidad podía dar. Por el pecado original perdió los dones preternaturales y experimentamos sus consecuencias en nuestra propia carne. El pecado es la tragedia más grande del género humano, pues daña lo más sagrado del hombre: su relación íntima con su Creador y con sus semejantes. Por el pecado el hombre se aleja libremente de la amistad que Dios le ofrece; sin embargo Él no se aleja del hombre ni lo abandona, sino que sale en su búsqueda de una manera absolutamente inmerecida a través de la encarnación: «El mensaje Cristiano no es una colección abstracta de tesis teológicas sobre Dios, sino el encuentro de Dios con nuestro mundo»<sup>40</sup>.

La repuesta de Dios al desamor del hombre fue un amor todavía más grande que el amor creacional: la misericordia. El Papa Francisco no se cansa de predicar que hemos sido objeto de la misericordia de Dios, haciéndolo incluso lema de su Pontificado «Miserando atque eligendo». El Creador responde al pecado del hombre, a su respuesta de desamor y su mayor tragedia, con el amor más grande: la obra de la Redención. No teníamos ningún derecho, menos aún después del pecado, y era inalcanzable recuperar algo de lo que habíamos perdido. La única solución posi-

<sup>39</sup> Cf. G. SEGALLA, «Cristología del Nuovo Testamento», in *Il Problema Cristologico oggi, Congresso Nazionale A.T.I. Assisi 1972*, Citadella, Perugia 1973, 103.

<sup>40</sup> G. RAVASI, *I Vangeli di Natale*, Paoline, Milano 1992, 54. La traducción es mía.

ble para el ser humano tras el pecado era la misericordia de Dios, como hace ver san León Magno en una homilía de Navidad: «Si Dios todopoderoso no se hubiese dignado realizar esto, ninguna clase de justicia ni de sabiduría hubiera podido arrancarnos de la esclavitud del diablo y del abismo de la muerte eterna»<sup>41</sup>. Y quiso hacerlo involucrándose y comprometiéndose Él mismo a través de la encarnación, cargando Él mismo con nuestra culpa (*Is* 53).

San León Magno no deja de repetir con asombro cómo la respuesta del amor de Dios fue más grande que el pecado, sobreabundando en gratuidad y generosidad, abajándose hasta lo humano:

El que había dado ya mucho al género humano en su origen creándonos a su imagen, ha otorgado mucho más en nuestra restauración, uniéndose el mismo Señor a nuestra condición servil [...]. Sorprende menos ver al hombre elevarse hasta lo divino que a Dios abajarse hasta lo humano [...] para que viviendo según la imagen y semejanza de su Autor, conservase los mismos rasgos de la bondad y de la justicia de Dios<sup>42</sup>.

El misterio de la encarnación como restauración y elevación de la naturaleza humana caída, es celebrado y predicado con especial intensidad por san León Magno. Al misterio de Navidad le da varios títulos en este sentido: «Misterio de misericordia», «Misterio sagrado y divino de la restauración humana». El mensaje continuo en las homilías de Navidad es que, por la encarnación del Hijo de Dios, la naturaleza humana retorna a su honor, la regeneración transforma el origen, el amor misericordioso del Creador envía al Hijo como Restaurador de la imagen de Dios en el hombre. «La causa de nuestra reparación no es otra que la misericordia de Dios, a quien nosotros no amaríamos si antes Él no nos hubiese amado y con su luz no hubiera hecho desaparecer las tinieblas»<sup>43</sup>.

Tú pues, cualquiera que seas, que te glorías piadosamente con fe del nombre cristiano, aprecia en su justo valor el favor de esta reconciliación. A ti, en efecto, en otro tiempo abatido, a ti arrancado del trono del paraíso, a ti que morías en un largo destierro, a ti reducido a polvo y ceniza; a ti, pues, se te ha dado, por la encarnación del Verbo el poder (*Jn* 1,12) volver desde muy lejos a tu Creador, de reconocer a tu Padre, de ser libre tú que eras esclavo, de ser hecho hijo tú que eras extranjero, de nacer del Espíritu de Dios tú que había nacido de una carne corruptible, de recibir por gracia lo que no tenías por naturaleza; en fin, de atreverte a llamar

<sup>41</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

<sup>42</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

<sup>43</sup> *Ibid.*, *Homilía de Adviento 12*, 45 (PL 54, 168).

a Dios tu Padre si te reconoces hijo de Dios por el Espíritu de adopción<sup>44</sup>.

Hay en la encarnación una dinámica de abajamiento de la divinidad y ensalzamiento de la humanidad, sin perder la única Persona del Verbo su divinidad. «El Hijo de Dios [...] se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado a Él, de modo que la descensión de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios»<sup>45</sup>. En esta misma homilía, al igual que en tantas otras que habla sobre el misterio de la encarnación, el Papa León Magno no esconde su admiración diciendo que «Dios se excedió sobreabundantemente en su acostumbrada benignidad». Y es que a Dios no le importó rebajarse, asumir nuestra naturaleza con tal de elevarla al nivel sobrenatural y llevar así a cumplimiento la redención humana. El abajamiento de Cristo no es sino la asunción de la *forma servilis* para el cumplimiento de la redención humana<sup>46</sup>. El verbo «asumir» que usa el Papa León, deja ver que en la acción redentora de Dios hay una voluntad libre; fue más allá de lo que correspondería no solo a nivel de la justicia sino también de la mera bondad: la obra redentora fue movida por un amor lleno de misericordia.

Algunos autores han querido explicar la encarnación utilizando el verbo «absorber» la naturaleza humana por parte de la Persona del Verbo. Esto es una comprensión reductiva de lo que el dogma del Concilio de Calcedonia<sup>47</sup> sostiene. La acción de absorber es más pobre que la de asumir. Quien absorbe incorpora algo externo a sí mismo, mientras que quien asume algo lo hace parte suya, se hace cargo de ello. Si Cristo solo hubiera absorbido nuestra naturaleza humana, ésta no hubiera sido transformada, según lo expresamos en la primera sección de este estudio. Asumiendo nuestra naturaleza humana, Cristo la hace suya para sanarla de los efectos del pecado original y para elevarla a un nivel muy por encima de su estado original.

Era conveniente que Dios se comunicase con el hombre, pero ha querido hacerlo de un modo superlativo; y este modo superlativo fue la encarnación, como explica santo Tomás de Aquino<sup>48</sup>. La encarnación era necesaria porque Dios quiso hacerla necesaria. Su deseo no solo fue recuperarnos a la condición original sino ha-

<sup>44</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 22*, 77 (PL 54, 193).

<sup>45</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

<sup>46</sup> Cf. L. CASULA, *La Cristologia di San Leone Magno, Il fondamento dottrinale e soteriologico*, 105.

<sup>47</sup> H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum...*, 301-303.

<sup>48</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q.1, a.1.

cernos partícipes de la comunión trinitaria. Para elevarnos consigo quiso descender asumiendo nuestra condición:

En la palabra *carne* hay que entender a todo el hombre [...], se ha unido tan estrechamente al hombre, que el que había sido engendrado de la esencia del Padre fuera del tiempo, ha nacido también en el tiempo del seno de la Virgen. No habríamos podido ser liberados de los lazos de la muerte eterna si no se hubiese hecho humilde en nuestra condición el que permanecía todopoderoso en la suya<sup>49</sup>.

### *c. Misterio de restauración y elevación*

San León Magno presenta la redención del género humano usando términos como reparación y reconciliación, sanación y liberación. De este modo trata de iluminar los efectos de la misión de Cristo. Pero estas expresiones buscan describir que la misión de Cristo está orientada primeramente a «restaurar» la imagen de Dios en el hombre y reconciliar con Dios todas las cosas. Restaurar significa volver a poner algo en el estado que antes tenía. «Honrad con una obediencia santa y sincera el misterio sagrado y divino de la restauración del género humano. Abrazaos a Cristo que nace en nuestra carne, para que merezcáis ver reinando en su majestad a este mismo Dios de gloria»<sup>50</sup>.

Es Cristo (Hijo de Dios y hombre perfecto) quien lleva a cabo el plan de redención y restituye en los hijos e hijas de Adán la semejanza divina herida por el pecado de los primeros padres<sup>51</sup>. En cuanto Hijo de Dios encarnado resana las heridas de la naturaleza humana para purificarla de la inmundicia del pecado<sup>52</sup>, la cura y la libera, lleva a cabo una obra de «restauración». Pero no solo la restaura para llevarla a su condición original previa al pecado, y así simplemente recuperara lo que había perdido, sino para alzarla a un nivel muy superior, llevándola a participar en la misma vida de Cristo. Es una elevación muy por encima de la condición original, hasta una participación muy especial en la vida divina. «Semejante a nosotros e igual al Padre, sometió la divinidad a la humanidad y

<sup>49</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

<sup>50</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 22*, 79 (PL 54, 193).

<sup>51</sup> Cf. GS, n. 2.

<sup>52</sup> Cf. L. CASULA, *La Cristologia di San Leone Magno, Il fondamento dottrinale e soteriologico*, 260.

elevó a la humanidad hasta la divinidad»<sup>53</sup>. Es un evidente exceso de generosidad divina.

Para el Papa León, como para tantos otros autores, la obra redentora es más grande que la misma creación: «la restauración por Dios en los últimos tiempos de lo que había perecido es mucho más importante que la creación al principio de lo que no existía»<sup>54</sup>. Dios nos ha dado más en la obra de la redención que al crearnos de la nada: «El que había ya dado mucho al género humano creándonos a su imagen, ahora ha otorgado mucho más en nuestra restauración, uniéndose el mismo Señor a nuestra condición servil (*Flp 2,7*)»<sup>55</sup>. Y la base de la obra de la redención es el misterio de la encarnación. La encarnación misma es el centro de la obra de la redención, el mensaje más grande de Dios a la humanidad; da al hombre una nueva perspectiva sobre el designio tan excelente de Dios para con él y su vocación esencial: «La encarnación revela al hombre su verdadera naturaleza [...] Esta es la dignidad: un reflejo de la gloria divina, un destello de su belleza»<sup>56</sup>.

Para san León Magno la encarnación es ya en sí misma una obra redentora de la naturaleza humana: «Nuestro Señor Jesucristo, al nacer verdaderamente hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios, ha realizado en sí mismo el origen de una nueva creatura, y en el modo de su nacimiento ha dado a la humanidad un principio espiritual»<sup>57</sup>. Y es que la encarnación no solo implica que la divinidad asume la naturaleza humana, sino que, como refiere san Hilario con el término *concorporatio*, la divinidad incorpora en Sí plenamente la naturaleza humana:

El Verbo no tomó solo un cuerpo humano, su encarnación no fue una simple *corporatio*, sino una *concorporatio*. La segunda Persona de la Trinidad se incorporó a nuestra humanidad y se la incorporó. Hay pues un doble movimiento: descenso de la divinidad (sin quitar nada a su majestad divina) y ascenso de la humanidad<sup>58</sup>.

Casi podríamos concluir de estas líneas que la sola encarnación ya era suficiente para redimir al hombre; sin embargo, quiso vivir

<sup>53</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía en su aniversario de consagración episcopal 3*, 377 (PL 54, 141).

<sup>54</sup> *Ibid.*, *Homilía en la fiesta de la Resurrección 72*, 298 (PL 54, 390).

<sup>55</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

<sup>56</sup> J.L. BRUGUÉS, *Teología Morale Fondamentale, Creato a immagine di Dio*, PDUL Studio Domenicano, Bologna 2005, 114. La traducción es mía.

<sup>57</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

<sup>58</sup> HILARIO DE POTTIERS, in J.-P. MIGNE, *Patrologiae Latinae*, tomus IX. Typographi Brepols Editores Pontificii, Turnholti 1967, 951.

toda su vida terrena y llevar a cabo el misterio pascual porque «nos amó hasta el fin» (*Jn* 13,1).

«El Verbo se hizo carne, elevando la carne, no disminuyendo la divinidad, la cual [...] al elevar nuestra naturaleza tomándola, nada ha perdido de la suya comunicándola»<sup>59</sup>. Hay una mutua incorporación de naturalezas en la encarnación, en la que ninguna pierde la esencia propia pues Cristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Y podemos decir que las dos ganan, la naturaleza humana gana infinitamente por la incorporación a la naturaleza divina, y la naturaleza divina gana no respecto de su dignidad (que es perfecta e infinita) sino por el objeto de su amor misericordioso: recupera al ser humano con el cual se regocija. En definitiva, lo que Dios gana es porque Él gratuita y misericordiosamente nos ha hecho objeto de su amor.

Tampoco hay que caer en una comprensión errónea, como si la obra de la redención se redujese solo al misterio de la encarnación. El Papa León Magno no reduce la salvación solo al acto de la encarnación, por mucho que acentúe y vea en éste la clave de toda la obra redentora. Para él, es claro que toda la vida de Jesús tiene un valor redentor. Cada evento de la vida terrena del Señor, cada palabra y cada gesto tiene una dimensión y valor salvífico. El Papa reconoce el valor de toda la misión de Cristo, en su conjunto y cada momento en particular, pero es cierto que puntualiza y subraya los misterios del nacimiento y de la Pascua como dos grandes momentos (misterios) que son pilares en la obra redentora del Señor. La encarnación como fundamento (pues hace que cada evento de la vida terrena del Salvador por pequeño y oculto que fuera tuviera un valor redentor), y los eventos pascales como expresión máxima del amor redentor divino.

Gracias al misterio de la encarnación todo acto de su vida es un acto realizado por la divinidad en carne humana, por el Hijo de Dios que ama al Padre y vive reconciliando a la humanidad por un amor y obediencia infinitos. Y los misterios pascales son los misterios culmen del plan salvífico, en los cuales el Hijo de Dios hecho hombre glorifica al Padre dando la vida en rescate de cada hombre, haciendo suya la voluntad salvífica del Padre: «En la obra de la salvación universal por la cruz de Cristo, común era la voluntad del Padre y del Hijo, y común también su designio»<sup>60</sup>.

<sup>59</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 24, 86 (PL 54, 203).

<sup>60</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía en la Fiesta de la Transfiguración* 54, 239 (PL 54, 318).

d. *Actualidad de la encarnación. El «hoy» de este misterio*

Frecuentemente pensamos en los misterios de nuestra redención como hechos sucedidos en el pasado. Al recordarlos en la oración, en la predicación, en la catequesis, los consideramos tantas veces como eventos de nuestra redención sucedidos hace veinte siglos. Sin embargo, los efectos son perennes porque la obra de la redención es actual y no un simple hecho del pasado; sus frutos nos son ofrecidos con la misma eficacia que hace veinte siglos; mantienen toda su actualidad. A este respecto, al referirnos al misterio de la encarnación del Hijo de Dios, hay algo particular, hay un «hoy» de la encarnación que es vivo, real y presente pues el Hijo de Dios asumió la condición humana para toda la eternidad: «Quia enim divinitas corpus assumptum nunquam deposuit»<sup>61</sup> (La divinidad nunca abandonó el cuerpo asumido). Hoy Cristo, glorificado a la derecha del Padre, sigue compartiendo nuestra condición humana. «Al descender no se apartó de su Padre; al ascender no se separa de nosotros»<sup>62</sup>.

El Papa León Magno insiste con frecuencia en que la encarnación y sus consecuencias son algo actual, perenne, no un evento remoto. Hoy, veinte siglos después de la encarnación del Hijo de Dios y su ascensión al cielo, la humildad humana y la majestad divina coexisten en Cristo glorificado a la derecha del Padre; esto es perenne, será así para toda la eternidad. Hablando de la ascensión dice el Papa León en una homilía: «Asciende con su ser completo (divino y humano), triunfante. Así nuestra naturaleza ya comprometida, unida definitiva y perennemente, triunfa con Él y asciende a donde estamos destinados»<sup>63</sup>. Los misterios de la vida de Cristo mantienen y mantendrán eternamente toda su realidad y su eficacia redentora: «nada de lo que hay en Dios se ha separado de la humanidad y nada de lo que hay en la divinidad se ha desunido de la divinidad»<sup>64</sup>. Al considerar cada hecho de la vida terrena del Señor bajo la perspectiva de su ser encarnado, sería un error verlos como algo pasajero y pretérito; por el hecho de ser actos del Hijo de Dios hecho carne, mantienen todo su significado, valor y eficacia, pues son expresión perenne de un amor divino infinito que se manifiesta por cada ser humano.

<sup>61</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 76, a.1, ad 1.

<sup>62</sup> A. SÁENZ, *San León Magno y los Misterios de Cristo*, Mikael, Paraná 1984, 296.

<sup>63</sup> J.L. BRUGUÉS, *Teologia Morale Fondamentale. Creato a immagine di Dio*, 138. La traducción es mía.

<sup>64</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 28*, 106 (PL 54, 221).

La encarnación no es solo un hecho ocurrido en un determinado momento de la historia. El compromiso asumido por Dios con el género humano en el evento de la encarnación del Verbo, con cada ser humano en particular, es perenne. «Después de su unión no pueden ser separadas (su naturaleza humana y su naturaleza divina) ni tener fin»<sup>65</sup>. Dios ha querido comprometerse perenne y eternamente con el género humano, con cada ser humano, abajándose para elevarla, asumiendo nuestra naturaleza creatural para siempre, siendo Él de naturaleza divina. Así ha querido Dios realizar la obra de la redención humana: asumir la condición humana para restaurarla desde dentro y elevarla consigo, permaneciendo con ella y ésta en Él, de manera definitiva.

Así pues, la encarnación es un compromiso total de Dios con cada uno de nosotros, actual y sin vuelta atrás; ésta supone unas nupcias de Dios con el hombre<sup>66</sup>. Siguiendo esta imagen de las nupcias, podríamos decir que la *imago Dei* viene a ser en nuestro ser un vestigio actual y perenne de esas nupcias, y que Dios mismo también «sella» indisolublemente su compromiso con nosotros al asumir nuestra naturaleza humana en la Persona del Verbo: «Dios en la carne: este enlace indisoluble de Dios con su creatura constituye el centro de la fe cristiana»<sup>67</sup>.

Al hablar sobre este «hoy» de la encarnación, no solo hay que entender el presente, sino el futuro y la eternidad. Porque la decisión de la encarnación es perenne. San León Magno en más de alguna homilía se refiere al Cristo «escatológico», específicamente como Cristo encarnado, subrayando la unidad personal de las dos naturalezas en Cristo:

El mismo es en la condición divina y el que ha tomado la condición de esclavo (*Flp* 2,6-7). El mismo es el que sigue siendo incorporeal y el que ha asumido un cuerpo. El mismo es el que es inviolable en su poder y el que es pasible en nuestra debilidad. El mismo es el que no se aleja del trono del Padre y al que los impíos crucificaron sobre el madero. El mismo es el que, vencedor de la muerte, se eleva por encima de los cielos y el que se queda con la Iglesia universal hasta el fin del mundo. El mismo es, finalmente, el que ha de venir en la misma carne con la que se elevó, y el que estuvo sometido al juicio de los impíos, juzgará las acciones

<sup>65</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 30*, 119 (PL 54, 229).

<sup>66</sup> Cf. A. SÁENZ, *San León Magno y los Misterios de Cristo*, 120.

<sup>67</sup> J. RATZINGER, *Maria Chiesa nascente*, 80. La traducción es mía.

de todos los mortales [...] El mismo es Hijo de Dios e hijo del hombre<sup>68</sup>.

Cristo ayer, hoy y siempre; es y seguirá siendo el Hijo de Dios encarnado. Esta es la actualidad eterna del misterio de la encarnación del Verbo, centro de la fe cristiana.

e. «*O ammirabile commercium!*»

Como hemos visto, la encarnación es un compromiso total de Dios con el ser humano, un gesto definitivo de amor inmerecido. El Verbo asumió la condición humana por completo: «Nada existe en Él que pertenezca a una de las naturalezas sin pertenecer a las dos al mismo tiempo»<sup>69</sup>, no solo en apariencia como decía Marción de Sinope en el siglo II. Un acto por el cual la divinidad compromete su ser (sin disminuir en nada) con la creatura humana para restaurarla y llevarla a participar en su misma comunión íntima. Algo impensable y que jamás hubiera sido considerable a la razón humana.

Al considerar este misterio, tantos autores han hecho suya la frase «*O ammirabile commercium*» (¡Oh admirable intercambio!). Y no es para menos. Dios ha querido recorrer la distancia infinita que separa la divinidad de la humanidad no solo relacionamente, sino a nivel ontológico, en su propio ser, elevando en Sí mismo la naturaleza humana. «“Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios”, en el sentido de que la gracia que recibe de lo alto lo hace vivir de Dios, lo hace divino, deiforme»<sup>70</sup>.

Si la naturaleza humana como imagen y semejanza de Dios es ya algo muy grande y admirable, mucho más todavía si pensamos de qué manera ésta ha sido ensalzada por el misterio de la encarnación. Y todavía más aún por los frutos de la resurrección de Cristo (por el cual nuestra naturaleza humana en Él vence la muerte), de su ascensión y glorificación en el cielo (también en su condición humana) a la derecha del Padre. Como mencionamos al inicio de esta sección, la naturaleza humana no solo es restaurada en su condición original sino elevada muy por encima de ésta. Una verdadera «segunda creación». Por ello la frase la homilía de Navidad de san León Magno de la que ha partido este trabajo:

Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, pues participas de la naturaleza divina (2Pe 1,4), y no vuelvas a la antigua vileza con una vida

<sup>68</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 30*, 118 (PL 54, 229).

<sup>69</sup> *Ibid.*, *Homilía sobre las colectas 10*, 118 (PL 54, 163).

<sup>70</sup> A. SÁENZ, *San León Magno y los Misterios de Cristo*, 128.

depravada. Recuerda de qué cabeza y qué cuerpo eres miembro. Ten presente que, arrancado al poder de las tinieblas (*Col 1,13*), se te ha trasladado al reino y claridad de Dios<sup>71</sup>.

El intercambio divino-humano que Dios ha querido realizar por la encarnación, eleva al hombre por encima de todas las creaturas celestes, lo hace partícipe en los misterios de la vida de Cristo. Para León Magno esto es posible gracias a la encarnación, y de alguna manera se ejecuta en la ascensión:

La ascensión de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo tiene la esperanza de estar algún día en donde le ha precedido su gloriosa Cabeza [...]. No solo hemos sido constituidos poseedores del paraíso, sino que con Cristo hemos ascendido a lo más elevado de los cielos, consiguiendo una gracia más inefable por Cristo que la que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el malvado enemigo arrojó del paraíso, el Hijo de Dios, juntándolos consigo, los colocó a la diestra de Dios Padre<sup>72</sup>.

Dios nos asocia a su Hijo, «*Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*» (*Sal 2,7*). Nos adopta como hijos dándonos todos los derechos de la heredad, haciéndonos coherederos y copartícipes. No solo nos da el nombre de cristianos sino que «su sangre corre por nuestras venas», en el sentido que por la gracia su vida divina está presente en nuestra alma. San Pablo mismo se admira al considerar los dones otorgados en el bautismo: «Hemos recibido un espíritu de adopción por el que clamamos ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, coherederos de Cristo, porque sufrimos con Él para ser con Él glorificados» (*Rm 8,15-17*).

*O felix culpa, o ammirabile commercium!* Es después del pecado que Dios ha llegado al extremo de la misericordia, «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (*Rm 5,8*), sobreabundando sus dones en el ser humano. Y «no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros» (*Rm 8,32*). Sin el pecado original no hubiese habido encarnación del Verbo, no hubiéramos sido elevados a ser coherederos con Cristo. Esto es algo que ha sido discutido durante siglos pero que san León Magno no duda en defender:

Si el hombre creado a imagen y semejanza de Dios hubiera permanecido en la condición gloriosa de su naturaleza [...] el Creador del mundo no se hubiera hecho criatura, ni el Eterno se hubiera sometido al tiempo, o el Hijo, igual al Padre y Dios Él mismo, no

<sup>71</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 21, 72* (PL 54, 190).

<sup>72</sup> *Ibid.*, *Homilía de la Ascensión 73, 305* (PL 54, 394).

hubiera asumido la condición de esclavo ni la semejanza de la carne del pecado<sup>73</sup>.

La encarnación conlleva un intercambio admirable entre lo divino y lo humano que da lugar a una novedad en la condición humana. No es una mera reparación de la naturaleza humana por la cual ésta recupera su condición original, sino una verdadera elevación que lleva al ser humano a participar íntimamente de la vida trinitaria: «¿De dónde viene un cambio tan grande sino del poder del Altísimo? [...] Él se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado con Él, de modo que la descensión de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios»<sup>74</sup>.

Jean Galot, refiriéndose a la concepción y maternidad virginal de María, dice que ésta, por su excepcionalidad, es un preludio de un nuevo orden sobrenatural que, el mismo Espíritu que obró esos prodigios, llevará a cumplimiento en la humanidad<sup>75</sup>. Es decir, el misterio cristológico realizado en el vientre de la Santísima Virgen es el origen de una nueva humanidad, consecuencia de un obrar divino extraordinario y superior a la obra de la creación original. «Por eso, nuestro Señor Jesucristo, al nacer verdaderamente hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios, ha realizado en sí mismo el origen de una nueva criatura»<sup>76</sup>. Estamos hablando pues de una verdadera «segunda creación», superior a la primera.

Como consecuencia de la misericordia y gratuidad divinas, el ser humano obtiene por don gratuito de Dios lo que no tenía por naturaleza: le es dada la grandeza de la adopción divina por la cual refleja la imagen de su Creador. Llevamos ya en nosotros ese sello divino gracias al intercambio generoso de la encarnación, pura gratuidad del amor divino. Queda a cada ser humano colaborar libremente con Dios en ese proyecto que Él tiene sobre cada uno de transformarle en una nueva creatura.

### 3. Conclusión

El «admirable intercambio», que se da en la encarnación del Verbo, es el misterio central de la fe cristiana; sin duda el misterio más estudiado y debatido a lo largo de los veinte siglos del cristia-

<sup>73</sup> *Ibid.*, *Homilía de Pentecostés* 77, 320 (PL 54, 411).

<sup>74</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 27, 102 (PL 54, 216).

<sup>75</sup> Cf. J. GALOT, *Maria, la donna nell'opera di salvezza*, Università Gregoriana, Roma, 1984, 134.

<sup>76</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 27, 102 (PL 54, 216).

nismo. Pero por ser misterio, siempre queda algo del mismo que no es explicable por la pobreza del lenguaje y los conceptos humanos ante la grandeza divina: «la dignidad del tema agota todas las posibilidades del lenguaje humano»<sup>77</sup>.

La época de san León Magno fue turbulenta en cuanto al debate sobre el misterio cristológico. Pero iluminado por el Espíritu Santo el Papa respondió a las dificultades doctrinales cristológicas de la época, especialmente el monofisismo y el nestorianismo o difisismo. En una homilía de Navidad sintetiza de manera explicativa este misterio, exponiendo con claridad el misterio de las dos naturalezas en la sola Persona de Cristo:

En la condición de siervo, que tomó al fin de los tiempos para nuestra reparación, es inferior al Padre; por el contrario, en la condición de Dios, que tenía desde la eternidad, es igual al Padre. En su humildad humana ha sido hecho un hijo de mujer y se ha sometido a la Ley. En su majestad divina sigue siendo el Verbo de Dios, por el cual han sido hechas todas las cosas. [...] Cada naturaleza, en efecto, conserva sin disminución lo que le es propio. Así como la condición de Dios no suprime la condición de siervo, así tampoco la condición de siervo disminuye la condición de Dios<sup>78</sup>.

Ante la problemática monofisita que enfrentaba el Concilio ecuménico de Calcedonia, cuando el debate se hacía intenso y por momentos parecía que la tesis de Eutiquio (a quien el Papa León llamó públicamente «autor sacrílego de una gran impiedad»<sup>79</sup>) ganaba terreno, se leyó la Epístola Dogmática que envió el Papa León Magno a los padres conciliares, conocida como el *Tomus ad Flavianum*. Fue el partaguas de aquel importante Concilio cristológico. La carta del Papa fue acogida unánimemente. El Concilio condenó la tesis de los partidarios de Eutiquio, quienes finalmente aceptaron la carta del Papa como documento de fe. Los padres conciliares sellaron aquel momento histórico unánimemente con la conocida frase «Pedro ha hablado por boca de León».

Gracias a la comprensión que tuvo de la encarnación (misterio central de nuestra fe), el Papa León pudo no solo dar luz a los desafíos doctrinales de su tiempo, sino dejar un legado doctrinal que después de dieciséis siglos sigue iluminado a la Iglesia. En sus homilías se puede palpar que, además de poseer una notoria agudeza intelectual, su predicación y enseñanza es fruto de la contemplación de la Persona y de la vida del Señor, comprendiendo así a

<sup>77</sup> LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 30*, 115 (PL 54, 229).

<sup>78</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 23*, 80 (PL 54, 199).

<sup>79</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 28*, 109 (PL 54, 221).

un nivel superior el maravilloso intercambio que Dios quiso hacer con el ser humano a través de la encarnación. Una mera reflexión teológica como ejercicio racional y científico no lleva a la admiración y emoción espiritual que él transmite en su predicación. Solamente la contemplación de la Persona de Cristo en lo íntimo del alma hace que los misterios de su vida toquen y transformen la vida personal, no solo otorgándole una especial comprensión de los misterios de la fe sino haciendo que el predicador sea un transmisor eficaz.

Es una lección que León Magno deja a todo predicador cristiano, siguiendo aquel principio que siglos más tarde santo Tomás de Aquino sellaría con la frase «Contemplata aliis tradere»<sup>80</sup> (llevar a los demás lo que se ha contemplado).

Las palabras humanas nunca abarcan la realidad de Dios, siempre quedará parte de misterio en el comprender y explicar este admirable intercambio de la encarnación. «¿Qué inteligencia podrá comprender tan gran misterio, qué lengua narrar una gracia tan grande? La injusticia se vuelve inocencia; la vejez, juventud; los extraños toman parte en la adopción, y las gentes venidas de otros lugares entran en la posesión de la herencia»<sup>81</sup>.

Ante el límite de la razón la respuesta de la adoración, que reconoce humildemente la propia pequeñez ante la evidencia y la grandeza de Dios:

Que las dos naturalezas se unan en una sola persona, si la fe no lo cree, la razón no lo puede explicar. Por eso, nunca falta la materia de alabanza, porque lo que pueda decir el que alaba nunca es suficiente. Alegrémonos, pues, en nuestra insuficiencia para hablar de un misterio tan grande misericordia; y, al no sernos posible expresar la sublimidad de nuestra redención, tengamos por dicha ser vencidos por la inmensidad de este beneficio, pues nadie está tan cerca de la verdad como aquel que entiende que, tratándose de cosas divinas, por mucho que avance en su conocimiento, le queda siempre mucho por investigar<sup>82</sup>.

<sup>80</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 40, a. 1, ad 2.

<sup>81</sup> LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

<sup>82</sup> *Ibid.*, *Homilía de Navidad 29*, 111 (PL 54, 226).